

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los kioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 216

25 cts.



**La mujer de las
cuatro caras**

Por BETTY COMPSON,
RICHARD DIX, etc.

FilmoTeca
de Catalunya

BRENON, Heilert

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 216

La mujer de las cuatro caras

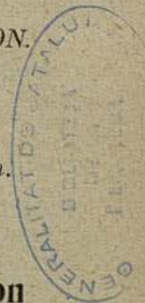
(THE WOMAN WITH FOUR FACES, 1923)
Intrigante producción, interpretada por los siguientes artistas

Betty West *BETTY COMPSON.*
Ricardo Templar.... *RICHARD DIX.*
El Juez Westcott ... *George Fawcett.*
Martín Osgood *Joseph Kilgour.*
Juan Dobson..... *Charles Stevenson.*
Bill Harvey *James Foley.*
etc.

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de
SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RICHARD BARTHELMESS





LA MUJER DE LAS CUATRO CARAS

Argumento de la película

La noche dominaba la gran ciudad.

Por la estrecha cornisa de uno de los últimos pisos de un gran hotel, una mujer, cual una sombra, se deslizaba desde una habitación a otra.

La negrura de su indumentaria se confundía con las tinieblas de aquella hora silenciosa.

La habitación elegida por la ladrona estaba ocupada por *Madame* Murillo, una *prima donna* cuyas joyas eran tan famosas como su voz.

La cantante se despojaba de sus valiosos adornos cuando la temeraria intrusa irrumpió en su cuarto, clavando en el suelo por la sorpresa a la artista y su doncella.

La desconocida se hizo entregar por esta última el cofrecito de las joyas, y al marcharse advirtió a la *prima donna*:

—¡Dentro de dos minutos estaré fuera del hotel! ¡Cuidado con dar la voz de alarma hasta que yo haya salido!

Luego, desapareció; y apenas en sitio se-

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

guro—la habitación contigua a la de la robada, —envolvió las joyas en un gran pañuelo, y tiró éste a la calle, en la que estaba esperando un cómplice suyo, al pie de un autovómil, pronto a huír con el producto del nuevo robo.

Después, la rata de hotel transformóse en una linda muchacha, que hacía poco había llegado al lujoso edificio, e hizo desaparecer cuanto pudiese comprometerla.

La cantante, así que se repuso de su emoción, salió al pasillo del piso y pidió, la voz en grito, auxilio.

Acudieron el administrador, varios empleados y algún agente de la policía secreta.

La ladrona descontentaba triunfar, aquella vez, como siempre había triunfado. Para Betty West, su nombre, la vida era un juego emocionante contra la ley.

Al oír los gritos de la perjudicada *prima donna*, Betty creyó conveniente evitar que recayese la menor sospecha en sí misma, por ser la vecina de aquélla, y también salió al pasillo, gritando a su vez que una mujer que llevaba el rostro cubierto con un antifaz, había entrado en su aposento, llevándose lo poco de valor que tenía.

La cantante se tragó la mentira, pero uno de los agentes de la autoridad, poniéndole una mano en el hombro, indicándole con tal gesto que estaba detenida, dijo a Betty, enérgico e irónico:

—Indudablemente es usted muy lista, pero esta vez la he pescado a usted con las manos en la masa.

La *prima donna* miró asombrada a Betty, y en la actitud de ésta leyó la verdad. La ladrona se entregaba, sin pretender protestar, pero había en ella algo desconcertante. Y era que ella sabía que las joyas estaban en sitio ignorado por la justicia, y que, no habiendo sido

sorprendida con lo robado en la mano, nadie podría acusarla prescindiendo de la fácil defensa a que se prestaba su caso.

*
*
*

En el despacho del juez Westcott, el fiscal del distrito solicitaba amplias facultades para emprender una cruzada contra el tráfico de narcóticos.

—Señor Juez, por el bien de la humanidad, tenemos que apoderarnos de ese convenio, ese documento que mantiene el «Gran Cinco» sólidamente unido.

El magistrado, ante la petición del fiscal, contestó:

—Si logra usted probarme que el documento existe, le entregaré una orden de registro.

—Puedo probárselo. Ahí aguarda un hombre que le dará a usted, como a mí, una luz que le permitirá no dudar de mis palabras.

A una indicación del fiscal fué introducido un hombre de miserable aspecto en el despacho del juez.

El aparecido, un infeliz dominado por las drogas venenosas, miró temeroso al juez, cuya severísima apariencia física ocultaba la bondad de sus sentimientos, y pareció arrepentirse de haber aceptado ayudar al fiscal en su benéfica empresa.

—No tengas miedo—le dijo Ricardo Templer, el fiscal.—Dile al juez lo que viste cuando trabajabas en la oficina de Martín Osgood. El morfinómano, haciendo un gran esfuerzo



Ricardo Templer, el fiscal... (RICHARD DIX)

para vencer sus recelos ante el juez, refirió lo que sabía, interrumpiéndose a cada momento, para tomar aliento y sobreponerse a su emoción.

—... y allí estaban todos juntos, los cinco, buscando la manera de hacer un convenio que obligase a todos y asegurase la absoluta fidelidad de unos para otros... El convenio... un papel como este de esta mesa estaba encima de la de ellos... Sí... sí... Pero no me hagan daño... Yo no he perjudicado a nadie... ¿Qué me van a hacer, señor fiscal?

—Calma. Siga. Está usted entre amigos.

—Eso es todo... Yo vi cuando firmaron ese escrito... Los cinco estaban allí... ¡Pero no me descubran! ¡Qué miedo! ¡Me matarían! ¡Apártese, señor fiscal, que están detrás de usted!

Templer apaciguó de nuevo al exaltado infeliz.

—No se ponga usted así. Serénesse. Hable. El señor juez no tiene tiempo que perder.

El embrutecido declarante dirigió sus miradas al juez, e impresionado por la dureza de las suyas, se aferró temblando a las ropas del fiscal, exclamando:

—¡Es inútil! ¡No quiere creerme!

Templer insistió en que continuase, respondiéndole de que nada malo había de ocurrirle.

—Osgood apretó un botón—prosiguió el alucinado,—se abrió un panel de la pared... y allí estaba la caja de caudales. ¡Pero el señor juez no me cree, señor fiscal, no me cree! ¡Protéjame usted! ¡Esto es horrible!

El digno juez echóse a reír, aunque de manera triste, ante las extravagancias del intoxicado, al que mandó que sacasen fuera para que lo calmasen, y dijo al fiscal:

—Compréndalo usted mismo, mi buen amigo, no puedo darle a usted una orden de registro basada únicamente en la declaración de un morfinómano.

Apesado por su fracaso, el fiscal inclinóse

ante la orden del juez, lamentándose de la excesiva prudencia de éste en tan importante asunto.

* * *

Conocido y respetado de todos, por creerlo un comerciante honrado, Martín Osgood era en realidad el jefe del «Gran Cinco», una banda que se dedicaba al tráfico de drogas heroicas.

Le hallamos platicando con Juan Dobson, uno de sus socios.

—Lea usted, Dobson, el telegrama que acabo de recibir. ¿Qué tal le parece?

El parte decía:

Mil quinientos sacos de arroz han salido hoy cinco mañana mismo vapor.

ANDREWS.

—¡Estupendo!—exclamó Dobson.—No es de temer que alguien sospeche lo que se oculta en esos sacos. Hay que reconocer que Andrews es muy hábil.

Osgood hizo volar su pensamiento hacia el cargamento de arroz. Los mil sacos ocultaban en su seno, excelentemente disimulados, valiosos paquetitos de drogas. El negocio era de oro.

Otro agente, instalado en otro lejano puesto,

hacía la misma combinación, pero con cargamentos de patatas.

Dobson también tenía un telegrama que enseñar a su socio. Su texto no era agradable. Véase:

Fiscal distrito nos sigue la pista. Está investigando secretamente tráfico narcóticos. Avise a Osgood obre con cautela.

JONES.

Enterado de la pertinaz campaña que había emprendido contra ellos el fiscal del distrito, Osgood mostrábase preocupado. No debía descuidarse. Cualquier torpeza favorecería los planes del fiscal. Ya verían quién era el más astuto en la batalla librada en la sombra.

* * *

Una vez más Betty West fué llamada a medir su gracia personal y su ingenio con la habilidad y el talento del fiscal del distrito.

Como ella lo previera, el jurado la declaró inocente del robo de que se le acusaba, puesto que no había pruebas palpables, y el juez, no conforme con el fallo, toda vez que tenía la absoluta seguridad de que Betty poseía el don especial de burlarse de la justicia, dijo a dicho jurado:

—El juzgado no se cree en el caso de dar las

gracias a los señores jurados por su actuación... Pueden retirarse ya.

Betty ocultó una sonrisa, encantada de que con sus lágrimas y sus miradas de fuego hubiese convencido a los que debían juzgarla.

El juez retiróse del estrado, y mandó que fuese conducida a su presencia la hábil malhechora. Quería hablar dos palabras con ella.

Betty entró en el despacho del intangible magistrado, y dijo al hombre que estaba sentado detrás de la mesa:

—No veo la necesidad de hacerme venir a hablar con un viejo.

El juez, pues él era ese hombre, la miró frunciendo el entrecejo.

—¡Ah! ¿Es usted? Sin su toga negra casi no le había conocido—dijo entonces, Betty, sonriéndole, para acrecentar su enojo.

—Toma. Aquí tienes esta carta que habíamos interceptado.

Avidamente, Betty se impuso del escrito.

No podré nunca olvidar lo que hiciste por mí desde la silla de los testigos, pero con Templer no pude nada; es demasiado listo.

Te espero por aquí uno de estos días en que admiten visitas en la penitenciaría.

Muchas gracias por todo cuanto hiciste por mi madre.

Tuyo en el cautiverio,

JIM HARTIGAN.

Dos lágrimas brotaron de los lindos ojos de Betty, viendo lo cual el juez la aconsejó, paternalmente:

—¿Por qué no abandonas esa vida y sigues el camino de la honradez?

Betty recobróse al punto y encogióse de hombros. Aquella era su vida. Cada cual tiene la suya. Y, la verdad, no se quejaba de su suerte. De modo que...

—Te vales de que es fácil conmovier y engañar al jurado, pero ya llegará algún día en que no te resulte bien esa treta—añadió el juez.

—No sé a lo que usted se refiere, señor juez...

—¿Dónde crees que vas a acabar, más tarde o más temprano?

—No me hable usted de cosas tristes, por favor. ¿Quiere usted un poco de goma de mascar?

—Acuérdate bien de lo que te digo: la primera vez que caigas en mis manos, te mandaré a presidio... lo menos para veinte años.

Betty crispó las manos.

—Y saldrás de él vieja, pobre y sin un amigo a quien acudir.

La horrible visión irritó a Betty.

—¡Basta!—exclamó.—Eso quisiera usted, pero tendrá que contentarse con el deseo. No así como así se mete a uno en la cárcel.

Betty mascaba nerviosamente un trozo de goma.

El juez la contempló unos instantes, y le dedicó un sincero elogio.

—No hay duda que tienes talento... ¡Si lo empleases de otra manera!

Betty torció la boca para sonreír, y abrió ya la puerta de salida para marcharse, cuando entró el fiscal en el despacho. No quiso desaparecer sin cambiar con él unas palabras.

—Siento mucho haberle dado a usted otro desengaño, señor fiscal.

—Peor para usted, Betty.

—¿Usted también, como el señor juez, quisiera verme entre rejas? ¡Son ustedes muy malos!

Templer la contempló extasiado unos momentos, pero al quedar a solas con el juez, reaccionó, y dijo a éste, apremiante, pues acababa de presenciar dolorosos espectáculos de morfinómanos detenidos:

—Señor juez, le suplico a usted, por última vez, que me entregue una orden para registrar la caja de caudales de Osgood.

—Repito lo que le dije antes. Le ruego no insista.

—Está bien. Si no puedo conseguir por medios legales ese documento, en el que constan los nombres de todos los de la banda, lo conseguiré ilegalmente. Hoy mismo le mandaré a usted mi dimisión.

—Pero...

—Estoy resuelto a todo, señor juez.

—Permítame usted que le...

—No me retractaré, señor juez. Dentro de poco recibirá usted la renuncia de mi cargo.

Y sin esperar a más, Templer salió del despacho del juez.

Este no se podía abstraer a pensar en Betty, y recogiendo unos papeles desordenados encima de la mesa, murmuraba:

—No hay duda de que esa muchacha es muy lista... ¡Si supiese emplear su inteligencial...

* * *

Meditando sobre su idea, el fiscal, que reconocía íntimamente, como el juez, que Betty era muy lista, pensó en asegurarse su complicidad en su cruzada humanitaria.

El sobre olvidado por Betty en el juzgado, y en el que llegó la carta del presidiario Hartigan, facilitó al fiscal la dirección de la muchacha; y se trasladó a su casa.

El único amigo que le quedaba a Betty era Bill Harvey, un granuja, que por lo menos tenía la virtud de conservar un sincero agradecimiento a su inteligente colaboradora.

Bill estaba en casa de Betty cuando llegó el fiscal, sorprendiendo su llegada a ambos enemigos de la justicia.

El fiscal entregó a Betty el sobre que olvidara en el juzgado, y dijo a Bill, con sorpresa:

—Casi no te he conocido con esa barba, Harvey.

Este no le contestó, no llegando a comprender por qué Templer estaba allí.

Betty, completamente tranquila, dijo a Templer, acercándosele cimbreado con el mayor descaro:

—Señor fiscal, ¿no le parece que es muy extraordinario esto de que venga usted mismo a traerme un sobre olvidado?

—Ya no soy fiscal. Aquí traigo mi dimisión.

—¿De veras? ¿Se ha cansado usted de sus éxitos?

—Le hablo en serio, Betty. He dimitido, porque estoy a punto de lanzarme a una de las empresas más grandes que jamás hombre alguno ha intentado, y... quiero que usted me ayude.

Bill dudaba de haber oído bien.

Betty, mofándose de Templer, repuso:

—Déjese de bromas. Usted y sus sabuesos han peleado conmigo toda la vida, y me parece que esa pelea va a continuar indefinidamente.

—Como usted quiera, Betty; pero, esta vez, quiero tenerla a usted a mi lado para luchar juntos contra otro enemigo...

—¿Otro enemigo? ¿Qué enemigo es este?

—Para que me comprenda, quiero que vea usted de cerca una de las tragedias más grandes de la vida moderna: una tragedia horrenda

que cuenta con millares de infortunadas víctimas. No le pido a usted más, sino que tenga confianza en mí y que venga conmigo durante una hora.

Betty vacilaba. A decir verdad, Templer le inspiraba confianza. No podía temer de su parte ninguna traición.

—¿Vendrá usted conmigo?

Bill hacía señas a Betty para que se negase a ello; pero Betty contestó a Templer afirmativamente.

En un santiamén, Betty estuvo lista para salir con Templer, y Bill dijo a éste:

—¡Si a Betty le ocurre algo malo, morirá usted!

—No temas, Harvey...

Pero el cómplice no podía creer en la honradez de Templer, y trató de impedir a Betty que le siguiese:

—No vayas con él... Seguramente te fiará traición.

—No pases cuidado... Estaré de vuelta antes de la noche.

Templer y Betty alquilaron un *taxi* y dirigiéronse hacia lejano lugar.

—¿Tardaremos mucho en llegar aún?— preguntó Betty.

—Tenga paciencia—contestóle el ex fiscal.— ¿Pone usted en duda, acaso, mis buenas intenciones?

—No... no es eso...

—¿La molesta ir a mi lado... y solos... en el coche?

—Tampoco... tampoco... aunque, si he de serle franca, no esperaba que esto sucediese nunca...

Un poco después, hallábanse los dos en una cárcel de presos morfinómanos, casi todos ellos locos.

A través de las rejas contemplaron a algunos

de ellos, y ante la celda de un joven demente, dijo Templer a Betty, compungido:

—Apenas hace un año, ese hombre estaba tan sano y bueno como usted y yo.

—¡Qué espantoso, Dios mío!

—¡Qué espantoso! Esta es la palabra, si, Betty. Porque en esta ciudad hay miles de hombres y mujeres en ese mismo estado. Y esto continuará así hasta que consigamos impedir el infame tráfico de narcóticos... Entre usted y yo podemos lograrlo.

Regresaron a la casa de Betty, donde esperaba a ésta, impacientemente, Bill.

Templer expuso su plan a la lista muchacha.

—En una casa de esta ciudad hay una caja de caudales, que guarda un convenio firmado entre los que dominan el tráfico de narcóticos en los Estados Unidos. Ese documento está firmado por cinco hombres. Quiero que me ayude usted a obtenerlo.

Betty pensó que para abrir esa caja, sólo se podía fiar de Jim Hartigan. Pero éste estaba en presidio.

—Lo sacaremos del presidio—dijo Templer.

Betty, dispuesta a ayudar al ex fiscal, concretó, según era en ella costumbre, lo que se tenía que hacer.

—Vamos por partes... Usted quiere sacar a Jim Hartigan de presidio para que abra una caja de caudales. En esa caja hay un convenio que le dará a conocer los nombres de los que dominan el tráfico de narcóticos y, al mismo tiempo, será una prueba abrumadora contra ellos; ¿no es eso?

—Ni más ni menos.

—Pues, conforme.

Lo primero que Templer hizo fué conseguir un aeroplano de uno de sus antiguos compañeros de servicio. Luego alquiló una casa de campo a corta distancia del presidio, la cual pensaba

emplear como base de operaciones, y se separó unas horas de Betty para ir a la ciudad a comprar ropas para Hartigan, para que se transformase al salir del presidio.



—Ni más ni menos.
—Pues conformes.

Aquella noche, cuando todos los planes estaban hechos para el trabajo del día siguiente, Betty experimentaba una emoción desconocida ante la extraña naturaleza de su nueva aventura.

—¿Se arrepiente usted de haberse unido a mí en este asunto?—preguntóle Templer.

—Al contrario; me alegro mucho de ello...

Gracias a usted, ésta es la única cosa decente que he hecho desde que murió mi madre—contestó ella, con voz velada por la emoción. Y murmuró, además—:Dios se lo pague a usted, señor Templer. Y quiera Dios que todo nos salga bien.

Al día siguiente, un empleado anunciaba al alcaide del presidio que una anciana quería hablar con él.

—Dice que es la madre de Jim Hartigan.

—¿Le ha dicho usted que hoy no es día de visitas?

—Sí, señor; pero ha insistido en ser recibida por usted.

—Hágala pasar.

Una viejecita encorvada por el peso de los años y las penas que le prodigó la vida, presentóse en el despacho del alcaide, haciendo grandes esfuerzos para andar.

Apenas a pocos pasos del alcaide, le suplicó temblorosamente:

—Señor, ¿verdad que no negará usted a una pobre vieja la alegría de ver a su hijo?

—Supongo, señora, que la han enterado de que hoy...

—Sí, lo sé. Pero yo no lo sabía. Sea usted compasivo... ¡He venido desde tan lejos para ver a mi hijo!

—No es posible, señora... no me lo permite el reglamento...

—¡Oh! Por lo que usted más quiera... Por su madre, si aun Dios se la conserva, o por sus hijos, si los tiene, señor... Me voy a morir pronto... Quisiera abrazar con el resto de mis fuerzas a mi pobre Jim...

La viejecita lloraba tanto, que el alcaide se apiadó, consintiendo en prescindir, por una vez, del reglamento.

Jim fué conducido a presencia de su madre,

que no era otra que Betty estupendamente caracterizada.

El preso era inteligente, y como la mujer que le abrazaba no era su madre, fijóse, con disimulo, en los ojos de la fingida vieja, reconociendo a Betty.

Aguzó el oído.

Betty, remedando a la perfección la débil voz de los ancianos, suplicó al alcaide del presidio, en vista de que no le permitía entregar a su hijo un libro de consejos que le había traído:

—Vea usted, señor, lo útil que este volumen le será a mi hijo. Entréguelo luego de haberlo hojeado usted mismo. Es un recuerdo de familia. Su lectura le hará ser bueno, ¿no le parece, señor?

El alcaide, emocionado ante la vejez y el dolor de la fingida madre, atendía sus menores deseos, para que se llevase de su visita, la última quizá, a su hijo, la mejor impresión.

—Sí, señora. Este libro está lleno de buenos consejos—afirmó.

—Haga usted el favor de leer en voz alta el primer párrafo del capítulo décimo, señor—rogóle Betty, haciendo un guiño a Jim para que escuchase atentamente esa lectura.

Y el alcaide, tomando la cosa muy en serio, leyó dicho párrafo, que decía así:

Levanta tu corazón y tus ojos por encima de las miserias de la tierra, que del Cielo has de recibir tu verdadera libertad.

—¡Eso es, hijo mío!... No dejes de mirar al cielo—añadió Betty, intencionadamente.

Y por la tarde, mientras los presidiarios jugaban en el amplio patio, el ruido del motor de un avión avisó a Jim que era la hora de levantar los ojos...

El aeroplano descendió rápidamente, y cuando se hallaba a poca altura del presidio tendió

una cuerda sobre el patio, a la que Jim, preparado, se aferró con afán de libertad.

Inmediatamente la sirena del presidio dió la señal de alarma, pero el avión se alejaba velozmente, llevándose a Jim entre los vítores frenéticos de los demás presos.

El avión aterrizó en una explanada inmediata al bosque, donde esperaba un *auto* a sus tripulantes, y el amigo de Templer, mientras éste y Betty y Jim se alejaban en el coche, a toda velocidad, hacia la casita de campo, pilotaba el avión, cuyo número hizo desaparecer bajo una capa de pintura, para despistar a la policía, hacia la frontera de Méjico.

Jim se vistió rápidamente de mecánico, y ya en la casa de campo, creyendo que Betty estaba enamorada de él, por cuya razón había arrostrado el gran peligro de sacarlo de la cárcel, intentó besarla, negándose ella a su pretensión.

—¿Por qué no quieres que te bese? ¿No me dijiste en el despacho del alcaide que querías darme un beso?

—Es que allí tenía que representar bien mi papel de madre.

—Entonces, ¿por qué me has sacado del presidio?

—Te he sacado de allí porque se nos ha presentado una gran ocasión de regenerarnos...

—¿Qué cantar es ese?

Templer presentóse ante ellos, sonriente, y Jim, al reconocerle, pues hasta aquel momento no se había fijado en él, exclamó:

—¡¡Cómoll! ¿Usted aquí, señor fiscal?

—Sí, yo mismo. Betty y yo queremos que nos ayude usted a abrir una caja de caudales.

—¿Qué dice usted? ¿Desde cuándo se dedica a ladrón?

—No se trata de robar, Hartigan. Lo hemos sacado a usted del presidio para que nos ayude

a meter en él a los cinco granujas más grandes que hay en el país.

—¡Qué gracioso!

—Ayúdanos, Jim.—intervino Betty.—El fiscal ha emprendido una campaña contra el tráfico de narcóticos, y quiere que nosotros le ayudemos... ¿Verdad que tú también nos ayudarás?

—¿De modo que por eso me habéis sacado de presidio? ¡Pues ya podéis buscar a otro que os ayude!

—¿Te niegas a atender una súplica mía, Jim?

—¡No seas boba, Betty! ¡Mira que ese hombre está tendiéndote una celada como la que me tendió a mí!

—¿Una celada?

—¡Sí: una celada! Uno de sus sabuesos me metió su revólver en el bolsillo.

—¡No mientas, Hartigan!... Eres culpable, bien lo sabes tú—censuróle Templer, sacudiéndolo con violencia, no tolerándole la infamia de presentarlo como traidor a los ojos de Betty.

Jim, obcecado por los celos, pues se figuraba que Templer le había robado el amor de Betty, estaba dispuesto a pelearse con él, odiándole porque logró, con justicia, mandarlo a presidio.

Afortunadamente, la llegada de unos celadores del penal, armados, que, con altos empleados del mismo, exploraban las inmediaciones, puso fin a la iniciada riña.

Jim se ocultó, amenazando de muerte a Betty y Templer si le denunciaban en vista de su actitud rebelde a secundarles en su plan, y cuando hubo pasado el peligro, el fugado, todo a su rencor, juró a la que fué su cómplice y al que le mandó a presidio, que no les faltarían noticias suyas.

Templer no pudo detenerle, para tratar de

volverlo a la razón; y Jim, para huir de la justicia a todo trance, escapó de allí en el automóvil detenido ante la casita.

—¡Se ha llevado nuestro auto! Y con Hartigan ha desaparecido nuestra última esperanza de éxito—lamentóse Templer.

Pero Betty, sin acobardarse, contestó:

—No; nuestra última esperanza no ha desaparecido aún. Si no podemos abrir la caja de caudales, obligaremos a Osgood a que nos la abra él mismo.

—¿Cómo?...

Betty se dispuso a emplear su ingenio contra la astucia del hombre que explotaba las miserias del hampa de la gran ciudad.

Presentóse en su despacho disfrazada de muchacha de los barrios bajos.

—¿Qué es lo que tiene usted que decirme?—inquirió Osgood, al serle presentada.

—Verá usted. Estoy empleada en el «Café Popular». Por casualidad, oí que dos clientes hablaban de usted...

—¿Dos obreros?

—Sí, aspecto de tales tenían.

—¿Qué dijeron?

—Les oí decir, de una manera bien clara: «nitroglicerina» y «hay que volar la caja»...

Osgood y Dobson, su socio y secretario, que

estaba con él, se miraron, intensamente preocupados.

—¿Por qué se ha decidido usted a avisarme?
¿Cómo se llama usted?—dijo Osgood a Betty.

—Mi nombre es Gertrudis Hendersen. Mi padre trabajó a sus órdenes hasta que murió.

Consultadas las fichas de los empleados, Osgood vino en conocimiento de que Hendersen había sido, en efecto, un empleado suyo, muerto accidentalmente en el muelle por una grúa, dejando una hija.

No dudó, pues, Osgood de que lo comunicado por Betty fuese cierto, y, agradecido, comentó:

—Esto explica este telegrama en el que me aconsejan que me ausente de la ciudad.

Luego, propuso a Betty un empleo en su casa, para recompensarla de su oportuno aviso, aceptando ella volver al día siguiente.

Cuando Betty se hubo marchado, saludando torpemente, interpretando a maravilla su papel de niña boba, dijo Osgood a Dobson:

—Templer se empeña en fastidiarnos, y nos vigila de cerca. Esos obreros cuya conversación oyó la hija de Hendersen, deben ser sabuesos de Templer. Hay que burlarle y hacerle vigilar, a nuestra vez. Voy a encargar a la agencia Burns de detectivismo privado, que mande un par de agentes para que protejan a usted en caso de necesidad... Y cuando salga usted de aquí...

—Comprendido. Fingiré que me aseguro de que llevo el documento en mi cartera, y esos agentes los tendré en mi casa, por si Templer, espíandome, ve ese gesto y me manda alguien a mi domicilio para robarme el documento, que en realidad estará en poder de usted.

—Esto es.

En la calle, Templer, Betty y su camarada Billy, que se había unido a ellos para secundarles en sus propósitos, acechaban, desde el

interior de su coche, la salida de Osgood y Dobson, pues Betty estaba segura de que, alarmados por las noticias comunicadas por ella, personalmente, y por el telegrama, a Osgood, ellos pondrían inmediatamente a buen recaudo el documento comprometedor.

Y vieron salir a Dobson, que, de acuerdo con lo convenido con Osgood, hizo además de percatarse de que llevaba encima la cartera antes de subir a un *auto*.

Templer pareció decir con la mirada a Betty: «El tiene el documento.»

Pero Betty le susurró:

—Ese es un viejo ardid. Dobson no tiene el documento. Apuesto cualquier cosa a que el que lo tiene es Osgood.

Y añadió, como si no temiese equivocarse:

—Vamos a casa... Allí podré cambiarme de ropa y después, a la media noche, iremos usted y yo a visitar a Osgood.

Al promediar la noche, Betty y Templer penetraron subrepticamente en la casa de Osgood, que estaba cenando.

Sin hacer el menor ruido, abrieron el panel de la pared detrás del que estaba oculta la caja fuerte, y lograron abrirla, revelándose como «bueno» para el oficio el ex fiscal.

Ante los admirados ojos de Betty apareció un collar. Templer le detuvo el brazo cuando ella hizo el gesto de coger dicha joya, y doliéndole la acción de él, Betty le dijo:

—Supongo que no habrá creído usted que iba a quedarme con él... ¿Lo ha creído usted?

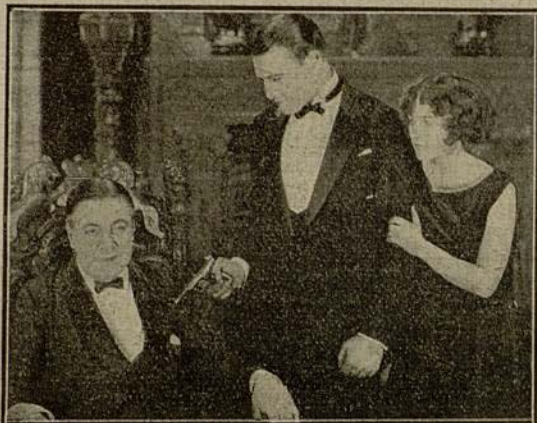
Templer, arrepintiéndose, se disculpó de ello, convencido de los buenos deseos de Betty de ser, en adelante, una mujer distinta a la de siempre.

El teléfono había funcionado un momento.

Dobson había preguntado a Osgood si quería que fuese a su casa con los dos detectives que

le había mandado a la suya la agencia Burns. Pero no obtuvo respuesta, pues Templer y Betty cortaron la comunicación.

Ante lo infructuoso de su registro de la caja



Osgood se sonrió, en la confianza de que el documento en cuestión no sería descubierto...

de caudales, pues en ella no estaba el documento, los dos cómplices provocaron el que Osgood entrase en el salón donde ellos estaban, y le esperaron ocultos en un rincón, en la más completa obscuridad.

Osgood encendió la luz, vió desparramados por el suelo los papeles de la caja, y al pasear

su vista por el salón sorprendióse vivamente al ver a Betty, la falsa hija de un antiguo obrero suyo, y a Templer, a quien no conocía.



—¿Me quemo, señor Osgood?

No hubo de preguntar nada. Harto elocuentes eran la caja fuerte abierta y el revólver de Templer, apuntándole.

El ex fiscal y Betty obligaron a sentarse a

Osgood, a quien dijo el primero, sin dejar de encañonarle el arma en el pecho:

—Usted tiene aquí un documento, firmado por cinco individuos, que me hace mucha falta.

Osgood se sonrió, en la confianza de que el documento en cuestión no sería descubierto, por haberlo escondido en sitio tan seguro como insospechable; pero no contaba con los métodos de Betty, que le dijo:

—En vista de su terquedad, ahora vamos a entretenernos jugando a un juego muy divertido. Vamos a jugar a calor y frío.

Y Betty advirtió a Templer:

—Fíjese en sus ojos: ellos le denunciarán.

Uno por uno, Betty fué tocando todos los muebles y rincones del salón, preguntando de cuando en cuando:

—¿Me quemo, señor Osgood?... Y ahora, ¿me quemo?

Betty estaba cerca de la mesa central. Templer leyó en los ojos de Osgood la inquietud. De modo que por ahí estaba el documento. Betty obró con presteza.

—Me parece que está encima de esta mesa— dijo.

Apagó la luz. Entonces Osgood levantóse, como movido por un resorte, del sillón desde el que contemplaba el juego, y Betty, al encender la luz, le cogió, con Templer, con las manos en un tiesto de adorno, del que sacaba el buscado documento.

Betty quitóle a Osgood el papel, impidiendo Templer a aquél el intentar recuperarlo, pero cuando ya cantaban victoria el ex fiscal y Betty, irrumpió en la casa, como de milagro, Jim, el presidiario, cuyo rencor hacia aquéllos no hizo más que acrecer a medida que se afirmaba en su sospecha de que se querían.

—¡Suelte el revólver!— conminó a Templer, apuntándole con el suyo.

El ex fiscal quería resistirse a ello, pero por



Betty quitóle a Osgood el papel...

consejo de Betty, que conocía el temperamento impulsivo de Jim, le obedeció.

Osgood se creyó salvado. Jim era, en su opinión, un agente disfrazado de la agencia Burns. Pero pronto supo que no, y para comprarle el documento, del que el presidiario se había apoderado sabiendo lo que representaba para Templer, le entregó el collar y otras joyas que Betty sacó antes de la caja de caudales.

Jim, burlándose de Templer, le espetó:

—¿No le dije a usted que me la pagaría, señor fiscal?

Osgood se asombró al oír este nombre, y dirigió una mirada de odio a Templer. ¿De modo que éste era el «célebre» fiscal?

Pero a Jim no le salieron tampoco bien las cuentas, por cuanto Dobson llegó a la casa de su socio con los dos detectives que habían ido a la suya, y, sin darle tiempo a defenderse a tiros, le detuvieron, llevándose los agentes, acusado por Osgood de haber robado las joyas que él le diera a cambio del documento.

Templer y Betty quedaron con Osgood y Dobson en la casa, pues el documento había desaparecido del bolsillo de Osgood.

—Vamos a entretenernos a un juego muy divertido—dijo Osgood obligando a sentarse a Templer en el mismo sillón en que él estuvo sentado.—Vamos a jugar a calor y frío.

Llamó a su criado japonés.

—Toyo, tú conoces el jiu-jitsu, ¿no es verdad?... Pues bien; llévate a esta mujer al comedor y aplícale una llave.

El criado martirizó a Betty, torciéndole las muñecas horriblemente para que declarase, pero era inútil; y si Templer no hubiese implorado a la pobre con amorosa súplica que hablase para no torturarle más el alma sabiendo cuánto sufría ella, Betty no hubiese pronunciado una sola palabra. Y dijo, casi sin fuerzas:

—El documento... está en la manga del kimono del japonés.

En efecto, en la manga del criado estaba.

Osgood celebraba con Dobson su triunfo; pero Betty, apoderándose de un revólver al alcance de su mano en un momento de distracción de Osgood, puso a los dos socios en el trance de rendirse y seguirlos a ella y Templer hasta la

Comisaría de Policía, después de entregar el documento revelador del nombre de los cinco traficantes que merecían la más horrible cárcel.

* * *

Una vez más Betty se presentó ante el juez Westcott, pero en aquella ocasión por distinto motivo. No ocupaba el banquillo de los acusados. Estos eran los cinco verdugos de la humanidad, a quienes el jurado declaró culpables.

El juez dió un suspiro de satisfacción, y dijo:

—El juzgado tiene que dar las gracias a los señores y caballeros del jurado por su veredicto. Y aprovecha también esta oportunidad para dar públicamente las gracias a Betty West, sin cuya cooperación, estos criminales no habrían caído nunca en poder de la justicia.

Luego, a solas con Betty, en su despacho, el juez le habló paternalmente.

—Te has portado como yo no esperaba que te portases. Celebro que haya sido así. No vuelvas nunca a la vida de antes.

Betty no podía hablar. La emoción se lo impedía.

Luego, Templer, que había logrado el mayor triunfo de su vida haciendo condenar como fiscal, cuyo cargo volvió a aceptar, a los cinco



—Te has portado como yo no esperaba que te portases.

bribones, expresó a Betty su gratitud por su ayuda en forma muy agradable para ambos.

—No te vayas, Betty... La vida y el trabajo serían para mí imposibles sin ti. ¡Te quiero, Betty!

Ella se sonrió, y llena de alegría concretó, según su costumbre:

—Vamos por partes... Lo que usted quiere es casarse conmigo... para que le ayude en su trabajo, ¿no es eso?

—Sí, Betty.

—Bueno. Conformes.

Y, puestos de acuerdo, sellaron el convenio...



—Vamos por partes... Lo que usted quiere es casarse conmigo... para que le ayude en su trabajo; ¿no es eso?

En adelante, Betty no tendría más que una cara: la de la esposa cariñosa y madre amantísima.

FIN

Próximo número:

La grandiosa novela

EL ABOGADO

Adaptación de la famosa novela de M. Brieux,
de la Academia Francesa.

Genial creación de la célebre artista española SRITA. MIRALLES y de los prestigiosos actores ROLLA NORMAN, SILVIO DE PEDRELLI, etc.

Éxito enorme de emoción

32 páginas

25 céntimos

Numerosas fotografías

Postal-fotografía regalo: GINA PALERME

:: LA NOVELA SEMANAL CINEMATográfica ::

:: Sale todos los miércoles ::

Siempre las mejores películas

A los grandes éxitos de *Las Grandes Filmas* de

La Novela Semanal Cinematográfica:

Cuando las mujeres aman

El Capitán Blood

ELLA...

Demasiadas mujeres

Nobleza baturra

acaba de añadirse el de

Cenizas de odio

por Norma Talmadge

En breve: Otra gran novela, por Rodolfo Valentino.

Sea usted coleccionista de *Las Grandes Filmas*